

# FUNERALES CRISTIANOS

## Un contraste sugerente

COMIENZO declarando la perplejidad que me ha causado el conjunto de ceremonias y liturgias con las que se ha despedido a la reina Isabel II. ¿Por qué mi sorpresa? Creo que en gran medida se debe a que estas exequias han sido posibles en nuestro actual contexto socio-religioso europeo con la asistencia libre, tranquila e interesada de muchas personas.

Sin detenerme ahora en aspectos que juzgo criticables, que evidentemente también los hay, me ha llamado mucho la atención, además de su duración de varios días, su sentido claro y públicamente cristiano, pero no excluyente, su calidad estética y simbólica, el aparente consenso entre las diversas autoridades intervinientes, la participación sencilla de tantos ciudadanos con sus flores, mensajes, luces, silencios y cantos...

Vuelvo a mi realidad cercana y cotidiana. Es de todos conocido el acelerado descenso del número de personas participantes en las celebraciones cristianas. Una tendencia que comenzó con las bodas y los bautizos y continuó más tarde con las comuniones y la misa dominical. Según las estadísticas de aquel momento, solo el número de funerales pudo parecernos que descendía más lentamente. Sin embargo, ahora mismo, también las celebraciones comunitarias de despedida de los difuntos se han sumado a la grave crisis de aprecio y de participación social que ya afectaba a los otros ritos cristianos. Ante esto, es lógico que nos preguntemos: ¿se nos estarán «muriendo» los funerales cristianos?

Ciertamente no faltan reflexiones que, sin olvidar que la clave principal es la dificultad cultural para aceptar el sentido trascendente de la vida humana, inciden en algunas causas más específicas de la actual crisis de valoración de los funerales «por la Iglesia». Intento resumir a continuación algunas de ellos:

- En el momento de acordar el día y la hora de un funeral, posiblemente con la buena intención de «acabar cuanto antes», se tiende a proceder precipitadamente, lo que muchas veces dificulta una buena preparación de la celebración y a veces la presencia de personas significativas, empobreciendo así la dimensión comunitaria de la despedida;

*Es un reto invitar a la fe también en los funerales.*



- Cuando no se ignora la individualidad única e irreplicable de la persona a la que despedimos con el argumento de que así le devolvemos la centralidad a Jesucristo, olvidando que la persona fallecida, ya desde su bautismo, no fue declarada rival del Resucitado sino llamada a ser partícipe de su vida, de su muerte y de su resurrección;
- La sobrecarga litúrgica de muchos presbíteros favorece unas celebraciones rutinarias, frías, simbólicamente poco cuidadas, precipitadas, tendentes a contenidos teológicos o espirituales tópicos y poco actualizados. La celebración de un funeral precisa de un tiempo para el encuentro sosegado del que muchas veces no se dispone. Quizá la pastoral de los fune-



rales nos esté demandando el discernimiento de un ministerio propio;

- El individualismo propio de nuestra cultura europea sigue erosionando la dimensión social y comunitaria de la despedida de los difuntos, de modo que va aumentando el número de las que tienen lugar en espacios alejados del barrio o pueblo en el que habían vivido y acompañados por grupos reducidos o en la intimidad familiar.

Por otra parte, y aunque muchos responsables pastorales reconocen que la celebración de los funerales podría ser una muy buena ocasión para la evangelización, una y otra vez escucho tanto a quienes los dinamizan o presiden como a los asistentes más asiduos hasta qué punto se desaprovecha esa oportunidad por no cuidar suficientemente algunos «detalles» no insignificantes, como los siguientes.

Además de preparar un espacio celebrativo que resulte acogedor, tranquilo y recogido, es necesario evitar otros «ruidos», como los derivados de la impuntualidad, las ubicaciones incómodas, una megafonía penosa, el murmullo de los que se quedan fuera...

Además de contactar previa y afectuosamente con la familia y los más próximos, es necesario que en el momento de llegar y de acceder al templo se les respete y no se les entretenga con saludos excesivos o interminables que dispersan su atención.

Además de ahondar en la vida y la fe del difunto, evitando el anonimato, es necesario que esa memoria no resulte ni desproporcionada ni trivial. Es tarea de quien preside la celebración lo que indica el papa Francisco: «El que predica debe reconocer el corazón de su comunidad

### ¿Se nos estarán «muriendo» los funerales cristianos?

para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios...» EG 137.

Además de cuidar que los cantos y las oraciones que se proponen para

toda la asamblea tengan cierta estabilidad en el tiempo, puesto que muchos de los asistentes solo participan ocasionalmente, es necesario preguntar a los más cercanos si podrían indicarnos alguna lectura, oración o intención que les conste como más apreciados por la persona que despedimos;

Además de cuidar la dignidad y la estética de los símbolos exequiales, como son la luz del cirio pascual, las flores y el silencio, por otra parte ampliamente asumidos socialmente, es necesario presentarlos brevemente y resaltar su significado en la celebración, y mejor si es con la participación de algunos de los asistentes.

Retomo lo dicho anteriormente sobre la clave interpretativa fundamental de la crisis de las celebraciones eclesiales de los funerales: la rápida y honda secularización de Europa. Una dificultad que se acentúa, dado que seguimos pendientes de una actualización tanto de los fundamentos antropológicos como de los teológicos que sostienen el mensaje que de tantas maneras transmitimos habitualmente en nuestras celebraciones y en el conjunto de la pastoral de los funerales. Un mensaje que acaba resultando caduco e irrelevante por incomprensible.

Y, sin embargo, ahí está el reto de invitar a la fe también en los funerales, que quizá para muchos adultos sea la última celebración cristiana a la que asistan y que quizá para otros, niños y jóvenes, sea la primera.